EL MUNDO DEL LIBRO

Escribe: AGUSTIN RODRIGUEZ GARAVITO

Manuel Mejía Vallejo

Tiempo de Sequía.—Relatos.

Cuando en esta misma sección hicimos el comentario de la novela "Al Pie de la Ciudad", de Manuel Mejía Vallejo, afirmamos las calidades de una obra que se distingue por la seriedad y honestidad de su autor. Porque el gran novelista antioqueño no anda a caza de retazos de otras novelas, generalmente extranjeras, para formar el material de las suyas. En esto es un hombre cabal y verídico. Extrae el zumo de las raíces autóctonas, encuentra que lo nuestro, lo colombiano tiene valor universal en la medida en que entregue su propia y dolorida intimidad. Esta obra del novelista colombiano, su peripecia y riesgo, no son producto de fraudes o adulteraciones. Nada le viene por contrabando o por despojo de otros pensamientos que no se integren con lo colombiano. Tiene el simple orgullo de la raza y el valor de pregonar su propia calidad y densidad. Otros, afanosos de novedad, carentes de riqueza interior, buscarán en novelistas de otras latitudes, un sello para su tarea de novelistas. Allá ellos. Mejía Vallejo gana en hondura en la medida en que busca una tipología nuestra, barro aborigen, caliente de adivinaciones.

El Premio Eugenio Nadal que le ha sido concedido, es apenas un galardón más para quien ostenta el título de heredero imperial de Carrasquilla, Rendón, Efe Gómez, José Restrepo Jaramillo. Un novelista que hunde su meditación en su tierra, sus problemas, el delirio del trópico, la frustración de hombres que no lograron ser santos, ni verdugos. Almas en vilo, perdidas entre la maraña, víctimas de la frustración.

Estos relatos de *Tiempo de Sequía*, de los primeros que escribiera Mejía Vallejo ya vienen pregonando la calidad de una obra literaria que recoge la vibración, el latido, la hazaña y la puerilidad de lo nuestro. Vidas rotas. Esperanzas confusas. Seres humanos que viven su tiempo, su medio, su dolor, hasta la empuñadura. Por eso mismo este gran novelista colombiano, prolonga una herencia que se confunde con la radiante Colombia, en su signo y peripecia humanas.

Estoraques.—Ediciones—Ministerio de Educación—Bogotá, Colombia.

Cote Lamus va encontrándose cada vez más en un cementerio de signos, voces desgarradas, soledad de la propia alma. Tiene urgencia vital por hallar en el mundo y su circunstancia lo esencial y también aquello que es de su propio dominio intelectual. Las palabras no son ya un lujo de ajorca en los brazos de una danzarina. Cumplen con la totalidad de su misterio translúcido, portadoras de signos y de clamores. Por algo ha sido el poeta que ha cantado la muerte, la desintegración humana, todo lo que es esqueleto ontológico y medroso camino donde solamente oímos las voces de nuestra conciencia. Algunos poetas colombianos se han quedado en el juego de abalorios de vocablos exóticos, de tiernas luces, de alegres zamponas. Un lujo verbalista que no pasa de ser espuma, nácar, porcelana. Y en ese aire transparente, se azulan recuerdos o se levantan doncellas aligeras, construídas con materiales de brisa y perfume. Pero nada más.

Hoy la poesía busca los secretos caminos de nuestra angustia. No dejarnos tildar de poetas por el solo signo de unas estrofas, un momento lírico, un fervor, perdido ya en los desvanes de la memoria. El poeta es actor y espectador de su drama y de la geológica convulsión del mundo. El paisaje se ha calcinado. Todo se reduce a ceniza como en estos estoraques. Por eso el poeta canta su desolación, su yermo camino penitente. Nada dice relación al beso, a la curva del llanto, a la opulencia del vientre. De estos poemas está desterrada la Primavera y la fecundación. Todo es silicio, arenilla quemante, ardida tierra sin esperanza. Clima propicio para una poesía y un poeta que tanto ha hurgado en la sangre, en el destino humano, en la insondable tristeza de todo. Par de Jorge Gaitán Durán, quien, empezaba a caminar por un valle donde los muertos sueñan aún en otros mundos, en las riberas azules y verdes, donde sus nombres colmaron el amor como copas de alegría.

Estoraques es una poesía para gentes en soledad. Nada de vanos acentos, de caramillos encantados, de júbilos ilesos. Es la calcinación, el hueso transparente, la torre como un muñón donde se secó la sangre como en una espada vieja, todo lo que es escoria y es calvero, pudridero y cicatriz geológica. Gran poesía esta que estamos ciertos ha de perdurar, como una voz honesta, en un mundo que necesita de verdades amargas pero que le permitan mirar hondo en su propio dolor y en sus clavos, esponjas, hieles y vinagre. Leamos un poema que dará la medida de una poemática de excepcional calidad en Colombia:

ESTORAQUE III

*El tiempo nada más en la piel del estoraque,
El tiempo como un perro que nunca llega al hueso
el tiempo ladrando como perro, como un perro
derrotado por los sueños.*

*En la superficie el tiempo: Heráclito el Oscuro
hubiera aquí encontrado que su río es la sed,
hubiese aquí encontrado que es mejor
el limo que los días
el cristal que las imágenes,
la rueda del molino igual al agua.*

*Aquí las ruínas no están quietas:
el viento las modela. Por ejemplo
lo que antes era escombros de palacio
lo convirtió en estatua la erosión
y lo que fue sombra de la torre
es ahora sombra del chalán.*

*Ese bote de lanza del jinete
contra algo inexistente, ese ademán
de contienda en esos ojos sin sueño,
ese violento paso del caballo
detenido por siempre, ese color,
fueron antes las bases de algún templo,
el comienzo de algún arco, el fin
de tanta fe entregada a un dios terrible.*

*Hoy es un rostro, máscara mañana,
sueño primero, luego ni recuerdo
columna ardiendo en el viento en llamas,
tórridas manos sobre la garganta
del caballero ecuestre, río, ríos,
la sombra del rojo blanco dominado
aquello que existencia fue sin duda.*

*En esta sucesión que nadie nota,
algo que no se mueve ni transforma,
algo quieto a pesar de tanto caos,
algo que permanece sin embargo
aunque desaparezcan estoraques
y nazcan otros, aunque aquellos bosques
de serpientes de pie como escuchando
la flauta del encanto comprendieran
que nunca han existido.*

*Pero es que aquí, también, todo se queda.
Es que acaso, razón tenía Parménides?
En fundamento todo permanece,
los elementos son iguales siempre
y la mentira siempre es inmutable,
inmóvil es el ser y no se mueve
(ser y pensar una cosa misma)
Y todo esto que vemos y sentimos
no es más que un asunto incomprensible.*

*No más que la alta hoguera de la estrella
sobre este mundo. Nada más que el sueño
de pronto convertido en nada. Nada
distinto al propio fuego en que se incendia,
ebria, la luz, muy dentro de la tierra
o encima de la lámpara que lleva
todo un hombre encendido. El estoraque
siempre tiene las luces apagadas.*

*Al polvo nada vuelve, todo queda
delante de los ojos y las manos
sin poder recoger huellas de arena,
sin poder encontrar en tanta forma
cosa distinta de nuestro fracaso.
Por esto, Gorgias, Gorgias, yo te veo.
En la verdad te ví, en lo incomprendible
después de preguntar que significan
esta vida, estos monstruos, estos sueños.*

Germán Arciniegas

Cuadernos.—París.—Francia.

Desde su fundación la revista Cuadernos se ha preocupado por sembrar de inquietudes el camino de la cultura occidental. Pero solamente ahora, bajo la nueva dirección del colombiano Germán Arciniegas, ha adquirido un tono y resonancia americanistas. Arciniegas ha querido que la magnífica revista recoja la inquietud de una América poco conocida de los europeos, no obstante que étnica y culturalmente descendemos de la cepa latina. Este continente tiene su propio perfil y destino. En buscar sus lineamientos esenciales, su tarea y la forma de realizarla, estriba la certidumbre de mejores tiempos. Y Europa no puede volver la espalda desdeñosamente a un inteligente conglomerado humano, que ofrece las mejores características para un mundo mejor. Porque América no es solamente la técnica y el confort de los Estados Unidos. En absoluto. También los países al Sur del Río Grande, de filiación romana y ecuménica, tienen que dar un mensaje acaso más rico en valores espirituales que la civilización de los rascacielos.

Claro que para la tarea vital, para el éxito de lo buscado, necesitábamos en Europa y singularmente en París una tribuna de ese pensamiento, del idioma imperial y creador de España, en fin, un hombre que agitara ideas nuestras, pasiones, emociones, esperanzas que estaban hasta ayer en un mundo adámico, crepitante, tropical y mestizo. Por eso mismo Cuadernos ha llamado a colaborar a todas las mejores inteligencias del Sur de América, y, especialmente a los colombianos, quienes, en el ensayo, el cuento, la poesía, la novela, podrán dar la dimensión de Colombia, su telurismo, su crispación, la suma de valores que forman y plasman el mejor empeño cultural del siglo en esta parte de América.

Cuadernos, pues, ha pasado a ser una revista de cultura universal, a constituirse en la antena del pensamiento americano. Un hecho de singular importancia que relevamos en toda su magnitud.

Mario H. Perico Ramírez

La Palabra y la Tierra.—Biblioteca Autores Boyacenses.

Esta nueva obra de Mario H. Perico Ramírez, no es completamente de nuestro gusto. Acaso envejecemos. Y la vejez torna al hombre cauto, tanto en las palabras como en la contemplación de la tierra. Algunos honderos entusiastas, paisanos de Perico Ramírez, alaban su obra precisamente por lo que a nosotros nos parece excesivo; cierto cultenarismo verbalista, un amaneramiento en los conceptos, la cabriola brillante pero inútil. Que Perico Ramírez tiene talento literario no hay que dudarlo. Penetra en las cosas, pero su mirada en vez de profundizar, se vuelve saltarina, una especie de danzarina sobre partituras de hielo. Aquí se adivina la facilidad para el retruécano, la paradoja, lo excesivo. Es un equipaje lírico demasiado cargado de sorpresas. De esa caja mágica salen toda clase de aves del paraíso. Pero falta medida, parvedad de materia. “El guarumo, ojo-fino y esbelto, que tiene la vanidad de la línea recta”; “el gualanday que suelta carcajadas de colores violentos sin que el cielo se atreva a contradecirlo”; “la luz, que, en la tarde, de primadona la convertimos en la nodriza consentidora y rezongona; en la copa de un “paloavela” el aire recomponía el mundo cotilleando con una garza”; “el naranjo magonea el ambiente con el poderío de su número” etc. De estas sorpresas está literalmente salpicado el libro como de una pedrería multicolor. Los tiempos son otros, aunque no dejemos de hallarle a esta prosa cierto sabor de greguería, de hallazgo muy personal. Sería mejor que el autor de *La Palabra Y La Tierra*, se desentendiera un mucho de estas expresiones, felices pero que caen pronto en el olvido, y buscara para su prosa el asceticismo de las obras perdurables.

No preste demasiado oído a las alabanzas de quien escribe “las pestañas” de esta nueva obra suya, quien, parece mirar con fría indiferencia a Carlos Arturo Torres y menoscabar la gloria auténtica de escritores como Eduardo Caballero Calderón y ese fino estilista de sensaciones, maestro y Azorín colombiano, que fuera Armando Solano. Debe Perico Ramírez someter su estilo a la necesaria maceración, frecuentar las desoladas zonas, donde solamente impera el sustantivo, el hueso mondo, la raíz enjuta. Que el adjetivo como un balón de colores, puede dejárselo a otros, con su algarabía de guacamayo tropical.

Precisamente porque tiene talento, sensibilidad, linaje literario, debe oír esta voz honrada y no dejarse llevar por el colorín, la pantomima, el arte de birlibirloque, porque se perderá la autenticidad señera de su voz nueva, digna de prolongar lo mejor de Boyacá en el campo arado de las letras colombianas.

Augusto Morales Pino.

Redoblan los Tambores.—Editorial Kelly.—Bogotá.

El escritor colombiano Augusto Morales Pino, ha venido empeñado en una honesta tarea intelectual que merece nuestro público agradecimiento. Trata de reconstruir en hermosos y coloreados frescos, la historia de episodios y personajes típicamente colombianos que, en su hora, hicieron la historia y la anécdota nacionales. Sus novelas y ensayos biográficos confirman su maestría para una tarea que es preciso emprender si no queremos que muchos episodios nacionales se pierdan en la bruma del tiempo.

Esta nueva obra suya, Redoblan Los Tambores, confirma nuestra apreciación al respecto. El escritor Morales Pino es fiel a una forma estilística que usa con personal maestría: saber colorear y redondear el relato, sin abusar de los elementos retóricos o de los galopantes caminos de la imaginación. Es la suya una prosa clara, directa, sin vanos oropeles. No muy rica en giros verbales es cierto, pero eficaz para su trabajo de narrador respetuoso de la verdad histórica y que se aventura poco por caminos de personal fantasía. Demuestra su admiración por el temple, el valor, la fiera criolla de Policarpa Salavarrieta a quien un tal Marriaga, llamara "Heroína de papel", creyendo decir una enormidad literaria, cuando apenas alcanzó el grado e ingrediente de una total vulgaridad, reñida, además, con el cotejo histórico.

Morales Pino sabe exhumar un tiempo de nuestra Patria, cuando apenas empezaba la lucha por la emancipación. Tiene el sentido de la Historia y refleja su urdimbre en su prosa, caliente de nobles adivinaciones. Y no se deja conducir por caminos vedados, ni permite que el personaje central, se pierda entre el polvillo brillante del estilo. Es cauto en todo: en el manejo de las situaciones, en el ritmo atemperado de la prosa, en la presentación de los personajes del drama. Claro está que otros de sus libros son superiores a este que acaba de publicar, pero ello se debe a que no quiso aventurarse por lo dramático sin orillas, sino que respetó el texto original de la vida, pasión y muerte de una mujer de valor indomable, creadora de hechos y mantenedora de la fe republicana en un tiempo difuso y confuso del nacimiento de La Nueva Granada, apenas en la primera ebullición de la libertad.